

ahullido de ciega desesperacion. Solo á los débiles que en ella se agitan con impotente cólera, les es tolerable el estéril desahogo de abrumar al adversario con indecorosos denuestos. El fuerte que está seguro de tener la razon de su parte, pronuncia algunas palabras firmes, pero mesuradas. Si no producen efecto, con la mano puesta sobre el corazon, protesta ante Dios y los hombres de la injusticia que se le irroga, y se retira sosegado y calmoso, diciendo en su interior: "mi hora sonará."

La verdad y la justicia no han menester armas innobles, ni los esfuerzos de un delirante; en su propio seno llevan la seguridad del triunfo; su mas bien templado escudo es la santidad de su causa. No empañéis su lustre escoltándolas con indigno cortejo; no creáis robustecerlas dándoles auxiliares villanos; no hagais que se defiendan con armas vedadas; éstas les asientan mal, contaminan su mano, las degradan y envilecen, como á caballeros hidalgos y valientes, las tretas de la alevosía ó el puñal del asesino.



LA PALABRA FILOSOFIA.

Palabras hay que todos pronuncian, que pocos profundizan, que los mas entienden con aquella inteligencia superficial, vaga, fluctuante, que es lo que basta para que circulen sin cesar como una moneda conocida, de cuyo valor nadie duda, cuya ley, á punto fijo, nadie determina. Tal es la palabra *filosofia*; esa palabra que ha invadido todos los objetos, que se ha desparramado sobre todas las clases, que domina la literatura, que se extiende á las bellas artes, que predomina en las ciencias. Hubo un tiempo en que se consideró la filosofia como una ciencia esclusiva, del todo separada de las demas, limitada á ciertos objetos, formando lo que se llama un cuerpo de ciencia; pero ahora, y desde el siglo pasado, la filosofia no es un ramo de los humanos conocimientos, no es su raiz, no es su fruto; es un jugo precioso que se desliza suavemente por todas partes; y así hay filosofia científica, filosofia literaria, filosofia artística, filosofia de mundo, filosofia de todo. Y pues bien, ¿qué significa esta palabra, tomada en todo su vigor, en toda su exactitud, pero sin quitarle nada de su generalidad, para que sea aplicable á tantos y tan variados objetos, de tan diferente naturaleza, de tan distintas formas, de tanta diversidad de colores, de tanta gradacion de matices? Daremos una definicion fácil, sencilla, pero que en su sencillez lo abrazará todo; procuraremos que aquí se verifique el célebre dicho inscrito sobre la tumba de Boherarve: *Sigillum veri simplex*, "la sencillez es el carácter de la verdad." La filosofia consiste en *ver en cada objeto todo lo que en él hay, y sin*

mas de lo que hay. Hagamos la prueba: tomemos esa palabra en la acepcion que se acaba de fijar, y hagámosla recorrer todos los objetos á que aplicarse suele; y si se le ajusta perfectamente, si basta un simple careo, digámoslo así, para que se conozcan y se unan, será señal evidente de que hemos dado en el blanco, de que hemos señalado el rasgo carácterístico de la verdadera filosofía.

Y ante todo, es menester advertir cuán necesaria era la limitacion que muy de propósito hemos añadido, y *no mas de lo que hay*; porque así como hay entendimientos cortos y oscuros que nada aciertan á ver y distinguir, los hay tambien demasiado vivaces y puntiagudos que en todo cavilan, que todo lo aguzan, pareciéndose á las cabezas desvanecidas por algun accidente, que pretenden ver centellas estando á oscuras, y estar mirando muchos y variados objetos cuando en realidad no ven nada. ¡Oh! y cuánto abunda en el mundo esa menguada filosofía; de todo se habla, sobre todo se discurre, son fáciles las ilaciones, se sientan arbitrarios principios, y la pobre verdad sale tan mal parada, cual puede esperarse de haberse encomendado su investigacion al mas tenuible de sus adversarios: *el charlatanismo.*

Hasta el verdadero talento, mayormente el que raya en genio, corre no escaso peligro de caer en este vicio. Llevado de la impetuosidad que suele acompañarle, orgulloso con el sentimiento de su fuerza, precipitado por la misma facilidad que tiene en concebir, toma en manos los objetos, jugueta con ellos como con cosa badi, y mas de una vez los desflora y los estropea. Pero dadle un momento de reposo, haced que algo concentrado pueda fijar sobre el objeto su mirada de lince, y entonces el objeto, á sus ojos, se vuelve cristalino, penetra su corazon, desenvuelve todas las sinuosidades, y señalando con mano certera el punto esencial, dice: *vedle, ahí está.*

Pero hagamos una rápida reseña de los principales ramos á que se aplica la palabra filosofía: ¿Que es lo que se llama filosofía de la historia? Es el verdadero conocimiento de los hombres y de las cosas; es la ojeada penetrante sobre los acontecimientos en todo su enlace y trabazon, en todo el encadenamiento de los efectos y causas; es la concepcion intuitiva de los hechos, parecida á la contemplacion de una escena en las tablas; es el sentimiento mismo de las pasiones que agitaban á los hombres en los varios tiempos y países. Esto es la filosofía de la historia, porque así se ven los objetos tales como son y no de otra manera; porque no es una simple narracion de guerras, de batallas, de nacimientos y muertes de príncipes; es decir, es algo mas que una relacion descarnada, que nada ani-

ma, nada pinta, á nada comunica vida y movimiento, haciendo que asistamos á las escenas históricas, no con el interés de apasionados espectadores, sino como curiosos frívolos que están escaminando un museo de extrañezas y preciosidades.

¿Qué es la filosofía en literatura? ¿es acaso ni el conocimiento ni la aplicacion de las reglas? No: es la razon de las mismas reglas, es el análisis combinado del entendimiento y del corazon, es el estudio de todo el hombre en sus relaciones con la expresion. ¿Y por qué este conocimiento se denomina filosofía en literatura, y no se apellidan así las reglas? Porque las reglas son nada sin la razon que las apoye, ó son vagas generalidades que no se llegan bastante de cerca á los objetos, para que por medio de ellas se pueda descubrir qué es lo bueno ó lo malo.

Llamamos filósofo á un hombre que sabe dar á las cosas su verdadero valor, que nada desquicia ni escagera, que imponiendo silencio á sus pasiones y rechazando el estímulo de los intereses, deslinda los objetos, aprecia sus diferencias, coteja sus semejanzas, clasifica todo cual conviene, y lo deja en su verdadero lugar y punto de vista. Por la misma razon, cuando hay un hombre desprendido que se desentiende de vaciedades, que se eleva sobre las preocupaciones que ciegan al comun de los hombres, obedeciendo nosotros á aquellas secretas convicciones que mas ó menos todos abrigamos de que en el mundo hay mucho de hueco y de vano, como para dar á entender que aquel hombre no estina las cosas en mas ni en menos de lo que son, le llamamos *afilosophado.*

Bastantes son estas breves indicaciones para dar á conocer lo que se entiende por *filosofía*: bastan para dar á conocer que no hay filosofía donde no hay mas que palabras, que no hay filosofía donde solo se encuentran pensamientos atrevidos ó imágenes brillantes; que solo hay filosofía donde hay verdad.



UN CASTILLO Y UNA CIUDAD. (*)

—Encumbro hasta las nubes mi frente soberana; mis plantas besa el mar: al rugir la tormenta, miro con desden alzarse las olas embravecidas que se estrellan á mis piés. La hermosa llanura de Barcino me sirve de riquísima alfombra; y cuando el mar en calma se tiende sosegado en su lecho, los navegantes que se dirigen á la orilla, dirían que tengo mi asiento en estrado de bruñido y resplandeciente cristal.

Al rayar la aurora, relumbran en mis sienes los primeros destellos de su luz; y antes que el sol naciente convierta el mar en un lago de fuego, me paga su tributo esmaltándome de perlas y de oro.

En la oscuridad de la noche me columbra el marinero cual gigantesca fantasma que guarda las entradas de la tierra; ¡guay de quien se aproxime no queriendo yo!

Orladas mis sienes de antiquísima muralla, me llevo airosamente sobre mi cabeza, como un antiguo conquistador su capacete de hierro: entregados al viento, no flotarán con tanta magestad sus penachos, cual sobre mis soberbios baluartes el pabellon de Castilla.

(*) Diálogo entre Monjuich y Barcelona, una de las mas ricas é importantes provincias de España. Monjuich, situado sobre la elevada cumbre de una montaña, es un castillo inexpugnable que domina la capital del antiguo principado de Cataluña, y que en breves horas podría reducirla á cenizas. El Sr. Balmes, en su brillante composicion, hace varias alusiones á los diferentes movimientos revolucionarios de que fué teatro Barcelona durante los últimos años; pero muy particularmente al pronunciamiento que estalló en dicha capital contra la regencia de Espartero el año de 1847. (Nota del Editor.)

El bramido del trueno no es tan terrible como mi voz; mis saludos hacen temblar la tierra, y retumban á lo lejos en la inmensidad de la mar: cuantos vivientes hay á largo trecho, se estremece y azoran; el labrador suspende sus faenas y contempla la llama y humareda de mis fuegos, cual inflamado aliento que lanzara entre los mugidos de su cólera, espantosa fiera.

¡Veis la reina de Cataluña, la mas preciosa joya de los monarcas iberos, que yace á las orillas del mar, semejante á una riquísima concha que las oleadas arrojan á la playa? Es mi esclava.

—No soy tu esclava.

—¿No sabes que mientras yo quiero, alegre y bulliciosa retozas á mis piés, cual niña juguetona á los de su amo; y que alzando mi voz aterradora, no se estremece mas vivamente la endeble caña?

Si en dia de alborozo y gala retumba mi bramido sobre tu cabeza, tus edificios se conmueven, retiemblan tus cristales, tus doncellas palidecen, y el niño sobresaltado corre lloroso y vacilante en busca del regazo de su madre.

—No soy tu esclava.

—¿No eres mi esclava? un dia, solo un dia me indigné contra tí, ¿no lo recuerdas? ¿olvidaste aquellas horas en que mis bocas formidables, rebramaban enfurecidas, derramando sobre tí torrentes de fuego, ó inundándote con espesa lluvia de hierro candente?

¿No eres mi esclava? ¿Tan en breve olvidaste el estridor horrísono de los descomunales proyectiles que yo te arrojaba, mas ligero que el niño al lanzar las piedras de su honda? ¿Olvidaste cuando se alzaban rápidos hasta la region de las nubes, y suspendidos sobre tu cabeza parecían buscar la victima, y blandian su inflamada cola á manera de aciagos cometas? ¿Olvidaste cuando descendían, veloces como el rayo, y el estrepitoso hundimiento de los techos, y el desplomarse de los edificios, y el espantoso estallido al reventar, saliendo de las entrañas de la tierra?

¿No eres mi esclava? y bandada de tímidas palomas no se dispersan mas presto al estallar el arma del cazador, que tus hijos al retronar mis cañones!

Esas fábricas que orgullosa levantas, ostentándome tus tesoros y opulencia; esos vistosos edificios donde preparas suntuosas y brillantes moradas, do pasar puedas las horas en que te embriagas de placer, reducirlas á pavesas: está en mi mano: si me place, en breves instantes tu hermoso cielo cubrirse ha de la polvareda de las

ruinas; y envuelta en nube de humo, contemplarán con espanto los países comarcanos, que Barcino está ardiendo cual despreciable pajar.

III.

—En paz y armonía, largos siglos viviéramos; y el cebarte en mi destrozo, y el insultar mi llanto, y el alzarte erguido sobre mí, cual buitre sobre su presa mirando si respira aún, posible no creyera. Si á dominación extraña trasladado te hubiese traición alevé, entonces, y solo entonces, sospechara que tus fuegos pudieran contra mí.

Un día infausto, sacudiendo sobre mi seno la fatal discordia su viperina cabellera, de sangre regó mis calles; cegados de insana cólera pelearon hermanos contra hermanos, con la impetuosidad y bravura que los terribles trances recordaran de las huestes de Berwick.

Si en la aciaga hora en que revolcándose en su sangre las infortunadas víctimas del popular coraje clamaban venganza, llamado te creíste á socorrerlas, continuaras vomitando el fuego que ya entonces comenzaste, viera yo armas contra armas, furor contra furor. Pero cuando amansada la popular tormenta, quedaron mis calles desiertas, y solitarias mis murallas; cuando tantos de mis hijos en atropellada fuga se esparcieron por la campiña, esperando con angustiosa impaciencia el desenlace de tan funesto drama; cuando pacífica y sumisa franqueara yo mis puertas, tendiendo á los sitiadores una mano amiga; cuando de la lealtad de mis palabras ofreciera tan seguro garante en mediadores esclarecidos; cuando mi venerable pastor llevaba enlazado con el báculo episcopal el ramó de olivo; cuando, . . . entonces, sobre mi desmantelada, indefensa, casi desierta, vomitar fuego! . . . No, no era esto lo que les decía á los soldados su corazón español; mas gustosos á una brecha se arrojaron, que no asistir friamente al incendio y ruina de infortunada ciudad.

Guardian de mi reposo, protector de mis riquezas, te creía yo; y el lienzo armado de cañones jamás me causara mealla, porque asediados tan solo los veía á campos enemigos. Si el pabellón britano asomar columbraba en lejano horizonte; si soberbio con los trofeos de las orillas del Indo y de las playas del Celeste Imperio, parecía recordarme de Trafalgar las aguas, de Gibraltar las almenas, involuntaria mirada daba yo á tus murallas; y ensanchado el corazón, latía de contento, y me decía: "tu defensa está allí."

¿Qué me importaran las bravas legiones que del Piréne descender pudieran hasta mis llanuras? cuando trabada en mis campos encarnizada lucha, tronará sobre sus cabezas el gigante de las cien bocas

de fuego; despavoridos correrán á ampararse á sus trincheras, escondiendo su afrenta.

Si orgulloso retumbar hicieras en festivo día el aire estremecido, tu orgullo era mi orgullo; izaba ufana el estandarte de mis reyes, que alzado en mis naves á la vista de extrañas velas, parecía decir las: "escuchad y temblad."

En mal hora deshojaste tan hermosa ilusión; en mal hora, á codiciosa envidia de extranjeros, cruel placer suministraste, con horrendo espectáculo de mi incendio y ruina; en mal hora, con funebres recuerdos enlazaste hasta el estampido de régia gala.

¡Aciago, aciago recuerdo que otro estampido ha de borrar! ¿Sabes cuál es? Vendrá un día, vendrá un ansiado día, en que montará sobre el horizonte el sol mas esplendente y bello, hermosa aurora matizará el Oriente con delicados colores, y mi pueblo apiñado sobre la muralla, esperará ansioso que llegue á tu cumbre un rayo de oro. Entonces tronará como el Etna en sus horas de coraje, y al son de tus truenos danzarán alborozados mis hijos, con la misma tranquilidad que el sencillo aldeano al son de rústica zampoña. ¿Sabes lo que dirán tus truenos? dirán que ha sonado la hora en que la escelsa hija de cien reyes se ha sentado bajo el dosel de San Fernando.

Entonces desearás espesa nube que te ocultara á los ojos de la reina; entonces, cuando por vez primera la indignación enciende el rostro de la inocente magestad, temblarás medroso en su presencia, y le dirás sumiso: "Señora, no fui yo."



ALBION.

¡Albion! ¡Albion! de la torva frente sombreada con eterna brumal!
 Inhospitalarias fueron un día tus ateridas costas; arribando á ellas
 temblaba medroso el navegante, arrebatado por brava tempestad.
 Hoy, señora de los mares, temida de las naciones, extiendes tu re-
 nombre y tu pujanza de Oriente á Occidente, de Aquilon al Sud.
 Mil y mil velas en tus puertos reposan, mil y mil despides á leja-
 nas regiones, mil y mil te llegan conduciendo las riquezas de nue-
 vos mundos, los tesoros de cien pueblos que orgullosa dominas. Jam-
 as pujanza se igualara á tu pujanza, jamas altivez á tu altivez.
 Tiro, cuyas riquezas asombrada narra la docta antigüedad; Carta-
 go, la rival de la soberbia Roma, la patria de Anibal, nada fueran
 en presencia de tí. Nunca sus naves llegaron á tus naves, nunca
 sus obras á tus obras, nunca su imperio á tu imperio.

Babilonia, la ciudad de los jardines suspendidos, de las inmensas
 murallas, de los diques con cien puertas de bronce, comparable ape-
 nas fuera con la populosa ciudad asentada á las márgenes del Tá-
 mesis. Magestuoso templo, de la Roma cristiana recuerda los pro-
 digios con su magnífica fachada, sus altísimas torres, su soberbia
 cúpula. ¡Oh dolor! el cisma lo profana; con el nombre del apóstol
 de las gentes en vano se intitula; que el apóstol de verdad home-
 nages del error no acepta. Westminster, de caprichosas labores con
 indecible trabajo enriquecida, con sus atrevidas pirámides, su vijo
 semblante, sus innumerables capillas, sus antiquísimos sepulcros,
 recuerda al viajero lo que fuiste un día, cuando de Patricio y Agus-
 tín conservaras intacta y pura la augusta enseñanza. ¡Quién con-

asombro y estupor no contemplara la línea de magníficos puentes
 que enlazan los dos costados de la inmensa ciudad? ¿quién la cordi-
 llera de palacios, de soberbios monumentos que atestiguan el poder de
 un gran pueblo? ¿quién sus grandiosos parques, sus docks y sus inmen-
 sos astilleros? ¿quién las velas sin número que cubren las aguas del
 río lleno un día de incultos cañaverales, ahora sulcado por humean-
 tes caños, que cual flechas verticales, recorren el caudaloso cauce?
 ¿quién sin asombro atraviesa la prodigiosa arcaada subterránea, que
 en sus hombros sostiene la desmesurada mole de arrebatada cor-
 riente?

Poderosa Albion, ni tu suerte envidio, ni deseo tu ruina; que si á
 la patria mía males sin cuento acarrearle intentas, si recordando el
 poder de la invencible armada te vengas sobre el imperio del gran
 monarca, no satisfecha con el auxilio que en hora aciaga te prestó
 la tempestad, no á tí se encomendó nuestra defensa, no á tí nues-
 tras glorias.

Si el pabellon lusitano se abate sumiso en presencia del tuyo, si
 altiva y desdenosa los destinos riges de la patria de Gama, no es
 tuya la culpa. Pujanza y gloria buscan con afán las naciones to-
 das, pujanza y gloria buscas tú; baldon á quien prepara ignominia
 tanta; baldon á quien la sufre. ¡Oh! quién evocara de la tumba al
 héroe ilustre que con tanto brío y osadía zarpara de las costas lusi-
 tanas hácia las distantes regiones donde nace el sol! ¿quién al do-
 biar el formidable cabo de las tormentas, guardado por la gigantes-
 ca sombra, immortalizada por el genio de Camoens, le predijera que
 su patria en tres siglos transformarse habia en humilde colonia del
 poder britano! ¿quién le dijera que en medio de tanto abatimiento,
 se apellidaria libertad, y con desden se condenaran la *ignorancia* y
fanatismo de aquella generacion gloriosa!

Si en las márgenes del Sena tus exigencias triunfan, si tus ame-
 nazas amedrentan á la *política modesta* (1) de los hombres que la
 gloria mancillan de Luis XIV y de Napoleon, si en Oriente tu pabe-
 llon prevalece sobre el pabellon de San Luis, si cada día mas y
 mas eclipsas los recuerdos de Godofredo y del vencedor de las Pi-
 rámides, no es tuya la culpa; pujanza y gloria buscan las naciones
 todas, pujanza y gloria buscas tú. No es tuya la culpa, si entroni-
 zada sobre las ruinas de las creencias de un gran pueblo, bustarda
 filosofia, no acierta á darle actividad sin frenesí, ni sosiego sin
 mengua.

De Isabela de Castilla la gloriosa enseña, el pabellon que triunfan-

(1) Expresion de Góthov en una celebre disertacion.

te pasara por mundos desconocidos, hallando el primero nuevos rumbos para medir la redondez del globo, que venciera en Pavía, en San Quintín y en Lepanto, ¡oh dolor! tampoco en tu presencia desplegarse osa con ufana gallardía; también en tu presencia se humilla en las mismas costas de donde salieron un día soberbias flotas para conquistar un mundo. También resuenan gritos de insensato alborozo, si alguno de tus magnates, con premeditado intento, suelta ambiguas palabras que interpretarse puedan en sentido propicio. . . . ¡Ilustre sombra del gran Gonzalo, cuya fulminante espada ateró un tiempo poderosos monarcas, insigne capitán cuyo nombre acata la Italia y venera la Europa; inmortal Cortés, vencedor de cien pueblos, que amontonabas provincias como el soldado las prendas de un rico botín; Pizarro, Alba, héroe mozo vencedor de Lepanto, sombras venerables que encumbrásteis un día el renombre hispano hasta donde no llegarán jamás las fábulas de los héroes hijos de dioses, ved si sufriráis vosotros insulto á vuestra patria, ved si mendigárais desdenoso favor! . . .

Todo pasó: todo desapareció cual leve sueño que un momento embarga la encantada fantasía, y en pos de él no mas se encuentra que triste realidad. ¿Y es tal nuestro destino que remedio no consienta, y que á ejemplo del infeliz lusitano, de colonia hasta el rango humilde hayamos de bajar? ¡Legado de esclavitud y envilecimiento transmitirá á las generaciones venideras, la generacion que derrocaria al vencedor de Europa, apellidando independencia? No, que la España conserva todavía hidalgos corazones donde el amor patrio se alberga: no, que de Doaz y de Velarde las ilustres sombras con semblante airado, ¡con ademán fiero, turbaran el muelle descanso de innoble servidumbre: no, que de la invicta Zaragoza, de la inmortal Gerona, los héroes, baldon y afrenta arrojaran sobre nuestro rostro, cual torpe lodo sobre frente infame: no, que la memoria se conserva todavía de cuando medrosas las armas del poder britano amparo buscan en sus naves, á la vista de las águilas francesas, mientras el denodado español peleaba solo, sin mas trincheira que su pecho, sin mas auxilio que su valor, sin mas sosten que su constancia, uno contra mil.

Allá en sus proyectos de insaciable ambicion, el formidable coloso, buscando en nuestro infortunio el secreto de nuestras fuerzas, cual agorero en las entrañas de victima palpitante, descubre el hondo misterio, la mansion de la vida, y con mano trémula de temor y de esperanza, ansioso la señala y dice: "*Estirpémola*: ella triunfó de la barbarie de los hijos del Aquilon, y crió la gloriosa nacionalidad que pereciera orillas del Guadalete; ella, conservada cual sacro

fuego en la cueva de Covadonga, inspiró y enardeció á los incultos fundadores de una nueva monarquía acaudillados por Pelayo; ella humilló en cien y cien combates la pujanza agarena, sostuvo una lucha de ocho siglos, triunfó en Granada, y llevó hasta las costas del Africa el pendon castellano; ella condujo á intrépidos marinos á playas desconocidas, abriendo nuevos mundos á la civilizacion; ella condujo á inmortales guerreros á la conquista de inmensas regiones; ella hizo formidable el nombre español en todos los ángulos de Europa; ella despertó el leon dormido y le hizo romper de un solo esfuerzo las cadenas con que le sujetara usurpacion estrangera, auxiliada por traicion leve; ella . . . estirpémola, propinemos á ese pueblo incauto el violento tósigo á cuya accion no resiste la complecion mas robusta. El Libro Santo que nuestras manos profanaran, derramemos con profusion sobre ignorante plebe; de ilustracion, de paz, de fraternidad los bellos nombres á sus oidos sin cesar resuenen; mentidos enviados, del Cristo angusta mision fingiendo, inspiren desprecio de la antigua creencia, ódio á Roma."

Pujanza y gloria buscan las naciones todas, pujanza y gloria buscas tú; mas no del error y de la mentira innobles armas blandir debiera un gran pueblo: la sangre que chorrea de impetuosa lanza ennoblece al guerrero; la que gotea de puñal leve deja indeleble mancha. Cuando de lo alto brilla sobre tí prodigiosa estrella para iluminarte de nuevo, cuando la sangre de los mártires que inhumana vestiste en momentos de furor horrible, clama al cielo, no venganza, sino perdon y luz; las tinieblas que en tu horizonte se esclarecen, no arrojés con mano impia sobre un pueblo fiel. Tu orgullo no alces contra el cielo, que hay un Dios vengador; nada pudieran tus designios y esfuerzos contra la nave misteriosa protegida del Altísimo. También allá en remotos siglos, poderosas naciones con atentados sacrilegos, la cólera provocaron de Aquel, cuya omnipotente palabra convierte en árida hondonada el cauce de los rios, y deja en seco el mar: también contra el pueblo escogido la opresora mano estendieran, profanando el santuario. ¿Sabes cuál fué su suerte? Abre los profetas, y escucha á tus viageros que te narran asombrados el pavoroso cumplimiento. ¿Dónde está Ninive, la ciudad de Senacherib, del orgulloso monarca, contra quien descendiera con vibrante espada el ángel del Señor? Mas fueron sus negociantes que las estrellas del cielo. . . . Eran sus guardas como langostas. . . . no se halla el lugar donde estuvieron. . . . La hermosa Ninive se ha tornado en soledad despoblada como un yermo. (Véanse los profetas Nahum, y Sofonias.)

¿Dónde está Babilonia, la gloria de los reinos, la ciudad de oro, el

orgullo de toda la tierra, del gigantesco templo, del alcázar murado, del lago igual á un mar? Las espantosas profecías se han cumplido. Destruiré el nombre de Babilonia y los residuos. Será habitacion de aves de rapia, y mansion de dragones; una soledad, un país árido, un desierto, una llanura rasa, enteramente desolada, pantanosa, llena de montones de escombros y ruinas.—Todo el que pasa por ella se queda atónito.

La hez del cáliz no se ha agotado aún; el Señor indignado la derrama todavía sobre los pueblos que provocan su indignacion todopoderosa; y si á expiacion tremenda condenada está la triste Iberia, no insultes su llanto, su dolor no insultes, no le arrebates ¡cruel! su único consuelo, su sola esperanza, la fé de sus mayores, la esperanza en Dios. Sonar pudiera para tí una hora terrible, que aleje Dios; sonar pudiera la terrible hora en que á discordia sangrienta abandonada, tu seno desgarraran esos hijos, cuyos andrajos no cubre tu ostentoso lujo, cuya hambre no sácias, nadando en la opulencia. ¡Ay de tí el día en que el pueblo fiel, cuya cerviz oprimes hace largos siglos, lance el grito de *basta!* . . . y se levante, y se presente á tus ojos cual sangriento espectro, demandando venganza, ya que le negaste justicia! Ay de tí el espantoso día en que cien pueblos que te aborrecen en distantes regiones, contémpen la turbacion y el sobresalto pintados en tu frente por discordia intestina! el día en que las tempestades no encadenadas por la Mano omnipotente, no dispersen ya las flotas que á tus orillas se enderecen! Ay de tí el día en que esos pueblos heroicos que impune molestas, fiada en las hondas que te ciñen, saltar pudiesen sobre tu tierra, y medir sus fuerzas con las tuyas, brazo á brazo!

La patria de los Viriatos, de los Vaseos, de los Pelayos, Guzmanes y Gonzalos, ecxiste aún; doliente y abatida, espera tan solo aquel momento en que la Providencia llama á los pueblos á nueva vida diciéndoles: "Levantaos y marchad." No en vano con la altísima muralla del Pirene resguardo y defensa la otorga el cielo contra invasion estraña; no en vano los mares que la circuyen le indican que ser debiera tu mas temible rival; no en vano se conservan en la Peña de Mauritania atalayas los soldados españoles, como esperando la seña de arrojarte de la opuesta fortaleza. ¡Delirio! ¡oh! delirio, ¡no!... Hay un gran pueblo, solo falta un grande hombre. ¿Ha nacido? ¿nacera? Adoremos los arcanos del Eterno, y no abandonemos el último consuelo de los desgraciados: la esperanza.

LA FUERZA DEL PODER,

LA MONARQUIA.

El poder que gobierna la sociedad, ha de ser fuerte, porque siendo débil, tiraniza ó conspira. Tiraniza, cuando se esfuerza por hacerse obedecer; conspira, cuando sufre en silencio la resistencia y el ultraje. Augusto se siente fuerte, y su imperio es suave; Tiberio se halla débil, y maquina y oprime; de los monstruos que mancharon el sόlo de los Césares, fueron los mas violentos é insoportables, los que oian ya cercano el ruido de los pretorianos que venian á degollarlos.

Recorred la historia, y encontrareis escrita por do quiera con letras de sangre esta importante verdad: *¡Ay de los pueblos gobernados por un poder que ha de pensar en la conservacion propia!*

Esta es la clave para explicar los inconcebibles escesos á que se abandonan los poderes revolucionarios y los despóticos, una vez dado el primer paso en el camino de la tirania; todos son tiránicos porque son débiles; y cuando los veais tocar á la demencia en sus medidas de tiranía, dad por seguro que están por espirar. El moribundo mejor que nadie, augura su próximo finamiento. La Convencion presentia la dictadura. El temor aumenta la opresion, y la opresion acrecienta el temor; la impulsion es reciproca, y sigue la misma ley que el movimiento de un péndulo; el punto de elevacion está en el mismo nivel que el punto del descenso; la oscilacion continúa hasta que media la única causa capaz de restablecer el aplomo: la justicia.

Esta reflexiones nos ocurrían meditando sobre los misterios de la monarquía; porque misterios tiene esa institucion maravillosa, como los tiene todo lo grande. “La monarquía es el despotismo,” ha dicho una política superficial: ¿y por qué? “porque el monarca dispone de inmenso poder, y este poder es sobrado robusto y sólido, dado que las leyes lo aseguran al soberano para sí y para sus hijos.” Entonces no comprendéis la institucion, pues señalais por origen de la tiranía de los reyes, las causas que precisamente les impiden el ser tiranos.

¿Quereis un poder suspicaz? asentadle sobre un terreno minado, donde oiga á cada instante el golpe de la zapa que prepara la mina. ¿Lo quereis violento? presentadle enemigos que sin cesar le amenacen. Quitad hasta la idea del peligro, y tendreis la suavidad y la confianza.

La gravedad y trascendencia del asunto, exigen que se esplane con toda la claridad lo que debe entenderse por fuerza de un poder; pues son muy distintas las acepciones de que esta espresion es susceptible.

La fuerza del poder consiste: 1.º en la seguridad de su existencia: 2.º en los medios necesarios al cumplimiento de su objeto legitimo. Supóngase un pais donde llegue á establecerse y arraigarse una constitucion mal combinada, viciosa, que no deje al poder bastantes medios para ejercer sus funciones en pro del comun; de suerte que en el mantenimiento del orden público, en la administracion, en la aplicacion de las leyes civiles y criminales, en sus relaciones con las potencias extranjeras, carezca de los recursos que ha menester, y no tenga una accion eficaz, espedita y pronta: en este caso será posible que el poder disfrute del primero de los requisitos indicados, la seguridad propia; pero echará menos el segundo, y por tanto no será fuerte en la verdadera acepcion de la palabra.

Así, un rey de Esparta ó de Roma, entre los antiguos, un monarca de los tiempos feudales en los siglos medios, un soberano con una constitucion como la del año 12 entre los modernos, por mas que á causa de los hábitos, de las costumbres ó de particulares circunstancias, alcanzaran toda la seguridad que imaginarse pueda, no fueran un poder fuerte. Un hombre falto de alguno de los miembros mas precisos para ejercer la profesion á que se dedica, disfrutará tal vez de buena salud, prometiendo largos años de vida, y quizás se hallará en circunstancias á propósito para continuar en su ocupacion todo el tiempo que le agradare; pero no dejará por ello de ser incapaz de ejercer muchos actos, y por consiguiente llenará de una manera muy defectuosa el objeto de sus tareas.

No obstante, es menester advertir que la falta de los medios necesarios para cumplir el poder su mision, tarde ó temprano le acarrea la falta de la propia seguridad, amenazando su misma existencia: como el hombre que no puede desempeñar cual conviene el cargo que le incumba, de grado ó por fuerza suele hallarse precisado á abandonarle.

De aquí resulta un fenómeno constantemente observado en todos los periodos de la historia, y bajo todas las formas de gobierno, y es, que el poder que se halla sin los medios necesarios al ejercicio de sus atribuciones, trabaja sin cesar para procurárselos. Se dirige á su objeto por caminos diferentes, segun la situacion en que se halla; si abunda de accion material, emplea la violencia; si es rico, corrompe; si todo le falta, maquina villanamente como el último de los conspiradores.

En vano le escigireis que obre de otra manera; esta es su posicion, esta la ley, indeclinable de su naturaleza; ni las calidades de las personas que ejerzan el poder, serán parte á evitarlo. Estas podrán quizás mantenerse estrañas al soborno y á la intriga, podrán hasta odia semejantes medios; pero los emplearán por ellas los que están en su alrededor, los que gozan con los goces del poder, los que á la existencia de éste tienen vinculada la existencia propia.

Contribuyen á dicho efecto dos causas: 1.ª la natural inclinacion del hombre á la estension y eficacia del mando que ejerce: 2.ª el instinto de conservacion. La primera no ha menester esplicacion ni comentarios; no así la segunda. Hemos observado que la falta de los medios necesarios al cumplimiento de las atribuciones del poder, compromete tarde ó temprano su misma existencia; y he aquí por qué en sintiendo esta falta, los busca por todos los recursos que tiene á la mano. La cuestion que en apariencia versa únicamente sobre los limites de la esfera del mando, es en el fondo, y para un tiempo mas ó menos cercano, cuestion de vida ó de muerte. Todo poder que se encuentra en semejante situacion, conoce instintivamente esta verdad, y obra en consecuencia.

Gracia nos hace la candidez de ciertos escritores que con la mayor seriedad del mundo echan en cara á Luis XVI y á Fernando VII, el haber sido causa de que la revolucion se desbocase, no resignándose á la posicion que les habian creado las circunstancias, no dándose por satisfechos con las facultades señaladas por las respectivas constituciones; como si las condiciones de la existencia y de la accion de un poder, dependiesen de la simple voluntad de la persona que lo ejerce, como si el poder público no fuese mas bien una institucion que un hombre, como si esta institucion no estuvie-

se sujeta á las leyes generales de todo ser, que se esfuerza siempre en procurarse lo que necesita para su existencia.

Casos hay en que al parecer el hombre es la institucion, y ésta no es nada sin el hombre; pero en la realidad no es así: la institucion existe, bien que de tal naturaleza, que necesita una personificacion, un representante que no pueda dividirse ni compartirse. Entonces la institucion en provecho propio, se absorbe en el hombre, se confunde con él, se vale de su prestigio, habla por su boca, como los sacerdotes del gentilismo se ocultaban tras el ídolo, y comunicaban al pueblo los oráculos.

César, vencedor de los galos, pasa el Rubicon, ahuyenta á Pompeyo, triunfa en Farsalia, y se levanta con el mando de la república: ¿creéis que en el dictador no hay mas que la persona del general victorioso? Si así lo creyéreis, recordad que la dictadura era una institucion en Roma. Los sucesos presentan sin duda otro aspecto, las circunstancias son muy diferentes, pero el hecho es el mismo; solo que los romanos mandados por el dictador Camilo, no eran los mismos romanos del dictador amante de Cleopatra.

Que la dictadura era necesaria, que César no era mas que su personificacion, que desapareciendo la persona la institucion debia continuar, los sucesos lo demostraron hasta la evidencia. El puñal de Bruto rasga el pecho del dictador; Antonio, ofreciendo á los ojos del pueblo la túnica ensangrentada de la ilustre víctima, inaugura el triunvirato, es decir, la nueva dictadura que no ha escogido todavía su representante, que no se atreve á identificarse con un solo hombre, que aguarda el curso de los acontecimientos, que atormenta atrozmente á los romanos para hacerse mas necesaria, para conquistar la unidad: Bruto y Casio mueren, Antonio es vencido; la antigua libertad perece para siempre, la dictadura se organiza y perpetúa, se convierte en imperio, y se inaugura magníficamente en Augusto.

Resulta, pues, que la dictadura, es decir, la institucion que mas parece confundirse con un hombre, prescinde de la persona; y de un modo ú otro, mas ó menos poderosa, mas ó menos brillante, mas ó menos benéfica, se presenta siempre que la hace necesaria el estado de la sociedad. Tres grandes dictadores nos ofrece la historia: César, Cromwel y Napoleón. En cuanto á César, no queda dificultad en la aplicacion del principio asentado, y por lo perteneciente á los dos últimos, haremos una observacion que lo dejará fuera de duda. La Inglaterra, desde la época del protector, ha continuado en su estado normal, á pesar de algun trastorno pasajero; y lo que es mas singular, hasta mediando un cambio violento de dinas-

tia. Veintiocho años hace que Napoleón fué vencido por última vez, y confinado á Santa Elena; la Francia ha sufrido desde entonces revueltas de momento, pero el desórden no ha podido prolongarse; y es notable que habiendo realizado, lo mismo que la Inglaterra, una mudanza dinástica en 1830, ha continuado tranquila, se han hecho esfuerzos hercúleos para que la revolucion no siguiese su carrera, y se ha conseguido. ¿Qué prueban estos hechos? en nuestro juicio, la consecuencia es muy sencilla: prueban que en tiempo de los dos dictadores, ambas naciones habian ya tocado el término de la revolucion; que ésta habia consumido sus elementos; que no podia continuar; que el órden se habia hecho una necesidad indeclinable, y por lo tanto esos dos grandes hombres no fueron mas que la personificacion de esta necesidad social, sirviendo con su brazo de hierro, á que de una situacion se pasase á otra que parecia separada por un abismo.

Si la posesion de los medios necesarios al cumplimiento de su objeto legítimo, es condicion indispensable para que un gobierno pueda llamarse fuerte, lo es todavía mucho mas la seguridad de su existencia. Y no le basta esta seguridad, sino que es menester que las personas que lo ejercen, abriguen sobre esto una conviccion que los deje á cubierto de todo linage de recelos. La mayor calamidad que sobre un pais puede venir, es un gobierno mal seguro, que esté en continuo acecho contra los conspiradores reales ó aparentes; en tal caso es imposible que el gobierno no tienda mas ó menos á la tiranía, porque quien se ve atacado, natural es que se defienda. No le bastan las leyes comunes, que regularmente hablando, están fundadas en el supuesto de que se respeta el principio del gobierno: si algunas existen que prevengan el caso de atentado contra este principio, están de suyo mal deslindadas, se rozan en diferentes puntos con los demas ramos de legislacion, y el gobierno que ordinariamente pone su atencion principal en cuidar de la conservacion propia, se estralimita, se excede, y comienza á caminar por una pendiente en cuyo fondo se halla un abismo.

Quando hablamos de los medios necesarios al gobierno para ejercer las funciones que le incumben, no entendemos limitarnos á los puramente materiales, no juzgamos que la fuerza de un poder se halle en proporcion con la fuerza material de que dispone; antes al contrario, la sobrada abundancia de ésta, suele enflaquecerle conduciéndole á la ruina. Un conquistador que acaba de tomar por asalto una plaza, tiene en su mano la vida y hacienda de los ciudadanos: nada puede resistirle, su ley es su voluntad; los medios materiales le sobran para oprimir y vejar, dado que ha sido bastante fuerte pa-

ra derribar ó salvar las murallas; sin embargo, nadie dirá que el gobierno fundado sobre aquella base, tenga verdadera fuerza. Dejad que corra el tiempo, y así como un imperio que estriba en la justicia y las leyes, resiste al embate de largos siglos, el otro no será parte á durar algunos años, atravesando los mas insignificantes sacudimientos. Una circunstancia nueva, una combinacion imprevista, una noticia que alarme al vencedor, que aliente al vencido, vereis que rompen cual endeble caña, el cetro que creyérais de diamante.

En Turquía, el soberano dispone á su voluntad de la vida de sus vasallos; manda, y las cabezas caen como las espigas segadas por la hoz; no obstante, allí el poder no es fuerte; la mejor prueba de su debilidad, son las catástrofes que experimenta. Luis XIV, jóven é inesperto, hallábase un dia rodeado de sus cortesanos, y llegó á decir que no conocia mejor gobierno que el establecido entre los musulmanes. "Señor, le respondió con hidalga entereza un magnate que se hallaba presente, tampoco conozco yo pais donde los soberanos sean degollados con mas frecuencia."

Durante el imperio romano, el hombre que ocupaba el solio disponia de innumerables legiones, los pueblos se inclinaban ante él, le ofrecian sus homenajes cual hacerlo pudieran á una divinidad; ¿pero sabéis cuál era la suerte de esos señores del mundo? Perecian casi todos á manos de la soldadesca.

El secreto de la monarquía europea, es decir, cristiana, consiste en que el soberano, aun en las monarquías absolutas, tiene limitado el poder por la moral, por las costumbres, por la conciencia pública; distinguiéndose de todas las monarquías de los paises donde no ha reinado el cristianismo, en que entre éstos la palabra monarca es sinónimo de déspota, y entre nosotros significa un soberano que gobierna con arreglo á las leyes.

Por estas consideraciones se echa de ver cuán lastimosamente se falsea la historia moderna cuando no se quiere reconocer esta importante verdad, obstinándose en no ver el poder limitado, sino allí donde existen asambleas que de continuo le vigilan y censuran. Por más que se escagere el poder ejercido por Felipe II, por Luis XIV y Carlos III, nadie que no carezca de sentido comun, llegará á confundirle con el de los déspotas de Oriente. Poco importa que el freno no se vea si en realidad existe. En este punto, menester es confesar que los adversarios del gobierno absoluto le han tratado con mucha injusticia, cuando se han empeñado en apellidarle con negros nombres, que en la realidad está muy lejos de merecer. No pretendemos suscitar aquí la cuestión agitada entre los publicistas, sobre las ventajas ó desventajas de estas ó aquellas formas; pero

opinamos que aun los mas ardientes apologistas de un extremo, no pueden dispensarse de hacer al opuesto la justicia que le corresponde. Digase en hora buena que en el absolutismo hay peligro de que el poder se estralimite conculcando las leyes, y hasta sosténgase si se quiere, que la mejor forma de gobierno es aquella en que se combina en el mayor grado posible el elemento democrático; y si place, ofrézcase como el bello ideal en esta materia, la república donde domine esclusivamente la democracia pura; pero ensalzando un principio, no se lleve tan allá la intolerancia con los otros, que se les niegue lo que no puede disputárseles en el tribunal de la filosofía y de la historia.

Si bien se observa, la opresion dimana mas bien del estado de las ideas y de las costumbres, que no de la forma del gobierno. En las repúblicas de América, no predominan por cierto, ni la monarquía ni la aristocracia; no obstante, el mas fiero despotismo devasta con frecuencia aquellos desgraciados paises; y en época reciente hemos leído narraciones que nos han hecho estremecer con la increíble atrocidad de los hechos, ¿Quién prefiriera vivir en las repúblicas de América, si pudiese disfrutar de un gobierno como el de Austria ó el de Prusia? En la misma Inglaterra, la verdadera libertad no data del establecimiento de sus asambleas; existiendo éstas, la tiranía mas cruel se ha entronizado mas de una vez en la Gran Bretaña; y hasta en nuestros tiempos vemos á la Irlanda sometida á dura esclavitud, no obstante las formas representativas del gobierno que la domina.

La monarquía hereditaria tal como existe en Europa, ni deja al hombre recelos, ni peligros á la institucion, ni á la ambicion estímulo: por esto es tan suave su accion, tan benéfico su influjo, su conservacion tan preciosa para el sosiego y la felicidad de los pueblos. El monarca es un hombre colocado en region superior á la de todos sus súbditos, aun los mas elevados por sus calidades personales ó por su nacimiento; nada tiene que esperar ni que temer; su juez no se halla entre los mortales, está en el cielo. Desde que abre los ojos á la luz, descubre la carrera de su vida; en vano avivaria sus deseos para encontrarles nuevos objetos: autoridad, honores, riquezas, placeres, todo se halla ya al rededor de su cuna: no se pregunta lo que vale, sino lo que es; su mérito personal, si alguno posee, es no solo estimado, sino encarecido, escagerado; la lisonja cuida de hacerle creer que aun no habiendo nacido en el rígio alcázar, fuera tambien digno de la corona; y los defectos mas evidentes y palpables, se cubren con cien velos para que no ofendan ó entristezcan al mismo que de ellos adolece.

En pura teoría, nada mas absurdo que una institucion semejan-

te; en la práctica nada más cuerdo: vano es luchar contra los hechos, pues los hechos están ahí. La historia entera, la experiencia de cada día, deponen de esta verdad: si la razón no la explica cual conviene, el buen sentido la comprende perfectamente. Pero no es exacto tampoco que la razón sea impotente á señalar las causas de este singular fenómeno; si bien quizás no llegará á tanto, entregada á la mera especulación, amaestrada, empero, con las lecciones de la práctica, conviene en la prudencia que á ésta preside, é indica los motivos del acierto que se patentiza en la felicidad de los resultados.

El problema del poder público, envuelve tres partes: primera, orden: segunda, estabilidad: tercera, hacer el mismo poder bondadoso. Estas tres condiciones se hallan satisfechas en la institución monárquica, de una manera admirable. Para el mantenimiento del orden, se depositan en manos del rey inmensos recursos; para asegurar la estabilidad, se cierra la puerta á la ambición, asegurando el mando, no solo al soberano, sino á toda su descendencia. Se quita al poder su malignidad, y se le hace bondadoso, no dejándole espuesto á las pasiones comunes. ¿Qué codiciará quien todo lo posee? ¿cómo tendrá cabida la envidia en el corazón del que es mirado poco menos que como una divinidad? ¿es fácil que conozca la venganza quien de nadie recibe injurias, quien halla siempre á su encuentro la veneración y el homenaje? ¿con quién alimentará rencorosas rivalidades quien se halla constituido sobre todos, mirando hasta las clases más altas de la sociedad colocadas en grado muy inferior al suyo, á larga distancia de su trono?

He aquí la razón por qué la historia y la experiencia de la Europa moderna en los países donde la monarquía ha estado plena y sólidamente establecida, nos presenta á menudo soberanos débiles, pero pocos malvados. En efecto, la región en que moran, la educación que reciben, las ideas en que se los imbuye, si algún inconveniente tienen, es el de enflaquecer su carácter, el de desarrollar aquellas pasiones que llevan al corazón la molición, pero no la perversidad.

No ignoramos las escepciones que de esta regla se nos pueden objetar; pero lejos de ser verdaderas escepciones, son más bien una confirmación de la regla general. Casi todos los soberanos que se han distinguido por su perversidad, ó han vivido en medio de discordias intestinas, ó han sido conquistadores. En uno y otro caso, el principio se verifica; porque en el primero, el monarca se veía mal seguro hallándose en peligro, ó su persona, ó su dinastía, ó la institución misma; en el segundo, el soberano se hallaba agitado por una pasión vehemente: al lado del poder que gobernaba, había el poder que invadía; y por tanto faltaba la condición que hemos indicado: el soberano todavía *deseaba*.

Este carácter benéfico de la monarquía hasta pudiera descubrirse en aquellos países donde reina el despotismo. La crueldad y demás vicios que allí deslustran el poder soberano, no tanto dimanán del exceso de los medios que en su mano tiene, cuanto de las ideas y costumbres de la sociedad que gobierna. Falta en ella el verdadero conocimiento de la dignidad del hombre, de las consideraciones que por solo este título le son debidas, de las verdaderas relaciones de éste con sus semejantes, se tienen ideas muy equivocadas sobre el origen y objeto de toda autoridad. Cuando el soberano maltrata á sus súbditos, cuando abusa de su poder en contra de las vidas y haciendas, que debiera ser el primero en proteger y respetar, aplica en la esfera de su acción las mismas reglas que halla establecidas en las demás clases de autoridad. En semejantes países, la potestad patria es por lo común excesiva y tiránica; los hijos viven bajo el dominio del padre como el esclavo del de su señor, y la muger misma, que nació para ser compañera del hombre, no es más que una de sus esclavas. Se ignoran los medios de conducir á los hombres por la razón y por las persuasiones; solo se conoce como medio eficaz la fuerza; se la emplea en todo, y no se concibe que un gobierno firme pueda ser otra cosa que un mando violento. La obediencia del súbdito, no fundada en motivos superiores, le envilece y degrada: ó se somete temblando como un animal doméstico al oír el chasquido del látigo, ó se levanta como fiera indómica y hace pedazos á su dueño.

Para comprender que no es la monarquía la causa de estos males, supóngase que en uno de estos desgraciados países sometidos á un régimen brutal y envilecido, se introducen por un momento las formas democráticas antes que se haya verificado un cambio en las ideas y costumbres. ¿No veis á la primera ojeada convertirse aquellos hombres en una infinidad de recíprocos tiranos, que se oprimen y se atormentan según prevalece la fuerza? El orden público, este orden semejante entre ellos al silencio de los sepulcros, pero que tal como sea es muy preferible á los ahullidos de una manada de fieras, deja en el momento de existir, faltando el supremo poder que le sirve de centro y apoyo. Los malos tratamientos que reciben la muger del marido, los hijos de los padres, y los esclavos de su señor, subirán á un punto más alto de crueldad, no mediando el recuerdo de que hay un poder superior al doméstico, capaz, si le place, de intervenir en la querrela y castigar al desmandado padre de familias. Los gefes inferiores que gobiernan las provincias ó las ciudades, se convertirán en otros tantos despotas, cuya tiranía será tanto más dura é insoportable, cuanto no reconocerán á un superior, que dada la oportunidad, pueda hacerlos responsables

de los daños que causen, de las injusticias que irroguen, de las arbitrariedades que cometan. El extravío de las ideas y de las costumbres se ofrecerá á la vista en toda su negrura y desnudez, echándose de ver que no es el poder soberano quien oprime á la sociedad, que no nacen de la soberanía los males que ella causa, sino que de la sociedad misma, corrompida y degradada, se levanta el pestilente aliento que contamina el s61o, y que cuando la persona que le ocupa se entrega á la crueldad y otros excesos abominables, recibe de la misma sociedad que le rodea sus inspiraciones perversas.

Esta es la causa porque natural y espontáneamente la monarquía europea se ha hecho tan suave y benéfica, hasta en aquellos países donde la falta de todo limite legal parecia deber arrastrarla á los mayores desmanes. Las ideas, las costumbres, las reglas de gobierno á que se amoldan los monarcas, las reciben de la misma sociedad gobernada: en ella domina la razon, prevalece la moral, levanta la conciencia pública su voz imperiosa; y si el orgullo y el desvanecimiento se obstinan en guiar al monarca por extraviados senderos, álzase de todos los puntos del reino, de todas las clases de la sociedad un rumor sordo que atestigua el descontento, que pone de manifiesto el escándalo, que es mas eficaz para enfrenar al poder que las insurrecciones y motines.

Los demagogos se sonreirán quizá de estas doctrinas con la sonrisa del desprecio; como quiera, nosotros les haremos observar, que hasta en los gobiernos fundados sobre las constituciones mas latas y populares, se asienta como principio indisputable la inviolabilidad, la irresponsabilidad del monarca, ó del que ejerce sus veces. "Al rey, dicen acordes todos los publicistas constitucionales, solo es lícito atribuirle el bien; nunca se le puede imputar el mal: constitucionalmente hablando, el monarca es impecable." ¿Y de dónde creéis que se ha originado semejante teoría? ¿Os imagináis que es el producto de las combinaciones de los publicistas del *equilibrio*? Muy al contrario: todos sus principios, todas sus doctrinas, todas sus tendencias los guiaban en direccion opuesta; pero el buen sentido europeo, los hábitos de largos siglos, las lecciones de la historia, los escarmientos de la esperiencia, los han forzado en este punto á negarse á si mismos, rechazando las consecuencias de la soberanía popular. Jamas los hombres de la antigua escuela se valieron de tantos circunloquios para nombrar al rey. "Persona sagrada," "pensamiento irresponsable," "voluntad superior," "region elevada sobre la esfera de las pasiones," y otras frases semejantes, se pronuncian de continuo en la tribuna y en la prensa, esquivando llamar al rey con el nombre propio. Diríase que se trata de una divinidad que los mortales no se atreven á tomar en boca temiendo

profanarla. Pues bien, todo esto no es mas que un sacrificio, un doloroso sacrificio que ha hecho la escuela democrática á las ideas antiguas: todo esto no es mas que una proclamacion de la impotencia de sus principios abandonados á sus fuerzas; todo esto es un plagio del antiguo sistema, al mismo tiempo que con tanta serenidad se le desacredita é insulta.

Se proclama como dogma indisputable que el poder supremo es un simple mandatario, un mero delegado del pueblo; y sin embargo, se declara desde luego que este poder de nada es responsable á su principal, á su delegante; se recuerda con mofa el *derecho divino de los reyes*, y no obstante, se los apellida inviolables, sagrados, se los compara de continuo á una divinidad, que no puede obrar mal, que solo es capaz de ejercer el bien; se establece como única tabla de salvacion para la sociedad, el principio de *eleccion*; y á pesar de esto, es rechazado este principio con respecto al poder supremo, y se inculca sin cesar la necesidad de la monarquía hereditaria; nada se quiere dejar al curso natural de las cosas, todo se ha de arreglar con la discusion, todo se ha de practicar por la *expresa voluntad* del hombre; y esto no embargante, cuando se trata de lo mas importante que ofrecerse pueda en los negocios de la sociedad, se cierran los ojos, se huye de la deliberacion, el hombre teme la razon y la voluntad propias, se abandona á todos los azares, para evitar la *eleccion*.

Hombres que tan inconsideradamente condenais todo lo antiguo, que creéis haber iluminado el mundo, que os figurais á la humanidad envuelta en densas tinieblas hasta que vosotros las disipásteis con los vivos resplandores de la filosofia, no reprobamos, no, vuestra conducta; no os echamos en cara vuestra inconsecuencia para que obreis de otro modo; pero si tenemos derecho á esciorgos que mediteis algo mas sobre vuestros principios, que no achaqueis tan livianamente á fanatismo y apocamiento, lo que anduviera guiado por profunda sabiduría, que no os imagineis que la humanidad marchaba á la decadencia y envilecimiento si vosotros no hubiésteis venido á torcer su carrera. Si demandais tolerancia para vuestras opiniones, dispensadla vosotros á las ajenas; ya que no os avergonzais de tomar de vuestros adversarios doctrinas que repugnan á vuestros principios, al menos sed justos, decid de dónde las habeis recibido. Confesad que entre las ruinas que habeis amontonado, os hallais forzados á conservar un pabellon para guareceros contra las tempestades que braman sobre vuestras cabezas: engalanadle como os pluguiere; pero no negueis que quien lo construyó tan sólido, quien lo recamó con tan preciosas labores, no fuisteis vosotros, sino vuestros padres. Este pabellon es la monarquía.